

# **En la nebulosa ciudad de las muñecas cautivas**

**Miguel Ángel Guerrero Ramos**

© del texto: Miguel Ángel Guerrero Ramos

© de esta edición: La Lluvia de una Noche

Título en inglés: *In the misty city of captive dolls*

ISBN (eBook)-: 978-958-46-2342-3

Código Safe Creative: 1304255005452

Diseño de portada: La lluvia de una noche.

1ª Edición: abril de 2013

2ª Edición: julio de 2014  
(Edición ampliada y corregida)

**A la magia de las flores, las golondrinas,  
las brisas y las primaveras.**

...sé que existe en la belleza el bosque iluminado  
y la mujer mágica.

Juan Carlos Mestre, *La tumba de Keats*

Entre todas  
la vida es bella.

Y algo peor:  
fascinante.

Olga Malaver, *Existencias*

## **En la nebulosa ciudad de las muñecas cautivas**

### **Cero**

*Por más extraño que parezca, ellas tres son mucho más misteriosas y herméticas que la misteriosa y semiilusoria ciudad en la que viven. Nadie sabe, por cierto, si algún día ellas estuvieron a punto de ahogarse en un mar hecho con lágrimas de mariposa, o quién sabe si en esos místicos y secretos balbuceos de vida que se refugian en las flores de invierno. Lo único que se sabe de ellas, o por lo menos lo único que te puedo añadir sobre el limitado conocimiento que tú tienes sobre ellas, mi querido y muy estimado amigo, es que ellas tres aman profunda, intensa y vigorosamente la excelsa y arrobadora idea de las caricias. Y cómo no. Cómo no van ellas a adorar la idea de las caricias más que cualquier otra cosa en este mundo, si ellas creen que las caricias son como una danza, una danza realmente única, que se hace alrededor de una fogata de pasión, y a ellas, sabes, además de la idea de las caricias, también les encanta y les fascina muchísimo la idea de la danza. Es más, para ellas la vida entera es una danza. Una danza que bien puede llegar a hablar con una lengua capaz de calcinar los frutos prohibidos del paraíso. Una danza que bien puede llegar a hablar con una lengua fulgurante y alucinada capaz de provocar hendiduras en la mirada misma de la vida.*

*¿Sabes?, después de pensarlo con sumo cuidado, he decidido que voy a ayudarte. He decidido que voy a ayudarte a soportar el polvo que desprenden las epilépticas y*

*nostálgicas nevaduras de esta historia. Sí, voy a ayudarte con las llamas inusitadamente crepitantes que desprenden los intersticios de todo lo que viviste tú y tus dos amigos en aquella extraña y misteriosa ciudad que nunca olvidarás. Voy a ayudarte, desde este mismo momento, a soportar el peso de una errante canción de lujuria, el peso del perfume de todas y cada una de las reverberaciones del delirio y el del eco de las distintas voces de un olvido eternamente inconsumado. Por ahora, sin embargo, mi forma de ayudarte se limita a decirte que debes ser fuerte. No, no debes dar espacio a ningún tipo de nostalgia o tristeza destructiva. No debes dejar que tu alma se calcine con su propio fuego. Que no te haga querer suicidar el llanto de una estrella ni las lágrimas de una luna fríamente atardecida.*

*Por otra parte, es muy seguro que en las próximas líneas tú presentarás esta historia a tu manera (de hecho, eso es algo que yo podría jurar), de modo que antes de ello, yo me adelantaré para presentarla de mi propia forma. La presentaré como la historia de un desenfrenado vaivén de tentaciones, como la historia de tu alma y del alma de tus dos amigos, como la historia de una ciudad fuera de lo común y de cinco bellas y singulares mujeres ligeramente impregnadas de evanescencia.*

## I

El festival de *hip-hop* había empezado hacía más de tres o cuatro horas cuando mi amigo Julián y yo llegamos, cuando llegamos al festival en mención, cuando llegamos a una tierra de frenesí y finísimos intersticios de vida que se desvolvían bajo el rojo intenso de un ocaso infinito. Mi amigo, por cierto, había decidido acompañarme para recordar los viejos tiempos de escuela en los que él y yo éramos formidables *MC's*, para recordar aquellos tiempos en los que simple y llanamente nos hacíamos llamar “raperos”. Al llegar al festival, mi amigo Julián no dejaba de verse bastante entusiasmado con la idea de explorar en los socavones del tiempo. No dejaba de verse entusiasmado, más exactamente, con la idea de revivir la forma en la que en nuestra adolescencia nosotros dos nos concentrábamos en los desbocados pulsos de *rap*, en esos desbocados pulsos que tanto hacen recordar, o por lo menos a mí me hacen recordar, a un mágico y desenfrenado toque de tambores africanos. Esos pulsos que son como la rápida acometida de una existencia que se inventa a sí misma sobre el crepitar de todos los fuegos posibles. Sí, así iba el asunto, así iba la cuestión, no obstante, hay que aceptar que nuestros tiempos actuales, es decir, los tiempos de mi amigo, y los tiempos míos, son muy distintos a los de diez años atrás cuando ambos estábamos en la escuela, y hoy por hoy, a mi amigo Julián, cabe decir, se le nota que ya no le interesa tanto el *hip-hop*. O bueno, hago la aclaración de que no le interesa tanto como él dice, pese, eso sí, al entusiasmo que se evidenciaba en él al llegar al festival. Pese a que él afirma a los cuatro vientos que el *hip-hop* aún hace parte esencial de todo lo que él es y será sobre la faz de este plano de la existencia física y material. Aunque, si me preguntaran, yo creo

que él dice aquello para no quedar mal frente a mí. Para no quedar mal, ya que en nuestros años de escuela, él y yo solíamos decir muy a menudo algo así como que sin importar el tiempo que pudiera pasar, nosotros siempre íbamos a amar al *hip-hop* más que a nada en la vida, mucho más incluso que a los inciertos y complejos perfumes de los amores juveniles. De esos amores que marcan el inicio de una persona sobre los andares diversos de la pasión.

Ahora bien, si digo que a mi amigo Julián ya no le interesa el *hip-hop*, o al menos no tanto como él dice que le interesa, es porque nada más llegar al festival, él se fijó de inmediato en una hermosa chica que también asistía al evento. Él se fijó en ella, y en ese mismo instante, él, es decir, mi amigo, se olvidó de que venía acompañado y se dirigió hacia donde estaba aquella chica, hacia donde estaba aquella divina y tentadora aparición de la belleza. En el lugar, que era un céntrico local de la ciudad, todos los que disfrutaban de la música se encontraban con sus brazos alzados mientras los balanceaban de un lado a otro según el ritmo de la canción que estuviera sonando. De un momento a otro, un momento de imprecisas y desdibujadas definiciones, volteé a ver qué estaba haciendo mi amigo Julián, y lo encontré besando apasionadamente a la chica que recién acababa de conocer. Eso, en principio, me dio algo de envidia. Me dio envidia puesto que la chica era realmente hermosa. Una de esas chicas por las que yo podría llegar a darlo todo en una situación diferente. Una chica por la que bien cabría navegar la luz de una luna mística y soñadora. Y digo que me dio envidia, porque si de algo estoy seguro, es que si yo hubiera ido solo a aquel evento de *hip-hop*, yo hubiera sido el que hubiera hablado con aquella hermosísima chica, aunque lo que sí no sabría decir es hasta dónde hubiera llegado yo con ella. Ah, y debo aclarar que me dio envidia, también porque desde hace dos días, cuando llegué a La Ciudad de la Nébula Creciente



(tal y como mis amigos y yo hemos decidido llamar a esta anieblada y hermética ciudad), mi amigo Julián no ha hecho otra cosa más que hablar de otra chica, de otra mujer, más exactamente de una tal Amalia. Según él, Amalia es la mujer de su vida. Amalia es la mujer que le ha hecho replegar las entusiastas alas de la pasión. Es la mujer por la que él sería capaz de escalar las más agrestes y escarpadas montañas del destino. La mujer por la que perseguiría las más infinitas adherencias de la entrega. “Y ¿a qué se dedica ella?”, fue lo primero que le pregunté a Julián cuando mencionó a la tal Amalia como por onceava vez. “Es una mujer de la vida fácil”, dijo él, así como así, y sin dársele nada. Ni siquiera el mojigato de nuestro amigo Gonzalo, que estaba presente, se atrevió a decir nada en ese instante.

Gonzalo, por cierto, es el tercer y último miembro que menciono de nuestro grupo de amigos. Al igual que Julián y yo, hace diez años él también era un habilidoso *hip-hopero*. Tenía una gran facilidad, por cierto, para hacer cantos en estilo *reggae*, aunque era un poco tímido al momento de subirse a una tarima para dar una presentación.

Para esos momentos de la fiesta *hip-hopera*, hacía ya casi diez años que ni Julián, ni Gonzalo ni yo nos veíamos. Pero resulta que la vida a veces teje unas coincidencias muy extrañas. A veces la vida posee unas esencialidades sumamente misteriosas, y por unos azares del destino que no logro y que muy probablemente nunca logre comprender, y aunque ni Julián ni Gonzalo le vean nada de raro, hace poco nos resultó una beca a ellos y a mí para hacer cualquier curso de maestría que quisiéramos en La Ciudad de la Nébula Creciente, tal y como nosotros tres hemos optado por llamar a dicha ciudad. A dicha ciudad tan misteriosa.

Nosotros nos enteramos de que nos habíamos ganado una beca, porque nos llegó al correo electrónico de cada uno de nosotros una notificación con el aviso. Me imagino que cuando Gonzalo y Julián vieron aquella notificación, es decir, aquel aviso de la vida, aquel luminoso aviso del destino que no era sino la perfecta consubstanciación de los misterios que fluyen a través de las impalpables y tersas superficies de lo caótico, se impresionaron tanto como yo al leer el nombre de los tres beneficiarios de aquel ilustre regalo académico. Una beca, aquel regalo, surgida del cielo o quién sabe si de alguna oscura y tenebrosa gruta infernal. Una beca de la que, por cierto, aún nadie nos ha logrado explicar de dónde salió y por qué fuimos escogidos precisamente nosotros tres. De cualquier forma, una beca es una beca, y las oportunidades no hay que dejarlas pasar. Por esa razón, esa misma noche mis dos amigos y yo nos pusimos en contacto después de casi diez años de no hacerlo.

La beca que era del cien por ciento del costo de la matrícula en cualquier maestría ofrecida por la Universidad de la Nébula Creciente (tal y como decidí llamar a dicha universidad junto con mis dos amigos), incluía el alojamiento, la alimentación y una pequeña suma mensual de dinero. Aunque eso sí, hay que decir que la beca ponía una condición bastante explícita y tajante. Se trataba de la condición de que Julián, Gonzalo, y yo, por supuesto, si decidíamos aceptarla, tendríamos que quedarnos en un alojamiento muy específico y concreto, un alojamiento que figuraba en la notificación que llegó al correo electrónico de cada uno de nosotros.

No era, por cierto, el mismo alojamiento para los tres, sino, en cambio, uno para cada uno en puntos diversos de la ciudad. Sea como fuere, todos nosotros terminamos

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

